

## PERFIL RELIGIOSO, PERFIL PSICOLÓGICO EN HALMA DE BENITO PÉREZ GALDÓS

### I

En el principio fue el misticismo. Como Pérez Galdós vio que era bueno, dejó de ir a misa. Viejo problema, viejo conflicto, vieja obsesión española pasará por el magín del insular escritor una y otra vez, dando continuidad a la tradición y rompiendo con ella. ¿Quién que es español no es místico y blasfemo? Don Benito confirma esta antigua tradición peninsular. Qué bueno, para nosotros, que él vaya más allá de hacer edificantes cuadros descriptivos de los fervores religiosos españoles.

Con ese saludable gesto que tenía Pérez Galdós de ver la cultura de su lado moridor, hoy podemos gozar de algunos aspectos de la compleja alma española, que son más ilustrativos y fieles que cualquier *Vida* de Santa Teresa de Jesús, con todo respeto sea dicho de la monja avilense. Varias son las novelas en que don Benito trata como tema central la cuestión de la pasión religiosa española: el caso que nos ocupa es uno de esos.

Esta novela plantea la contraparte de un misticismo mal asumido y mal interpretado: el de Catalina de Halma, que se contrapone al supuestamente edificante y bien encaminado de don Nazario. La novela no sólo queda en el planteamiento de estas extremas formas de la religiosidad, sino que a su vez nos expone (como juego de espejos) los desdoblamientos que este misticismo ocasiona; el primero se presenta en José Antonio de Urrea y el segundo en don Manuel Flórez; todas estas formas "especulativas" regresan, como en una involución, a su refracción original hasta formar una sola imagen reluciente: un misticismo mal entendido y peor asumido, un misticismo trasnochado y anacrónico en un siglo diecinueve demasiado rápido para estos personajes: éste no es su reino.

Empecemos por Halma. Desde su infancia fue inadaptada y marginada, tomaba actitudes extrañas, aunque siempre inofensivas y nada peligrosas; dice de sí misma: "yo era más traviesa que Pepe Antonio, yo solía tener malicias, inocentes, eso sí, pero malicias"<sup>1</sup>. La pérdida temprana de sus padres le acarreará un desequilibrio mayor que se resolverá en una actitud de desapego a las normas, quizá entendibles como los gestos de desapego y rebeldía propios de los adolescentes, pero estas actitudes se manifestarán hasta en su matrimonio con Carlos Federico de Halma-Lautemberg, otro marginado como ella: "Carlos Federico era bueno, dulce, aunque medio loco, según unos, y loco entero según otros"<sup>2</sup>.

Este matrimonio duramente criticado por la familia de ella, no sólo le sirvió para reafirmar su desapego y rebeldía para con los parientes, sino que fue un gesto de máxima congruencia —que su hermano no supo comprender— puesto que se unía a una persona afín a ella.

La temprana muerte del esposo y las penurias que con él y su cadáver tuvo que pasar reconfirmaron la opinión generalizada: Catalina estaba mal. Ante tal situación tuvo que conceder, no era posible seguir viviendo a su voluntad, había que someterse a los deseos de los otros, de la sociedad, actitud que habrá de reflejarse en su enclaustramiento y en la melancolía. ¿Por qué?

Hubo dos poderosas razones. La primera fue el proceso de madurez mental que la aventura y el matrimonio le acarrearón: era evidente que no podía seguir llevando una vida caprichosa, sino que había una poderosa estructura externa que la presionaba a someterse y que funcionaba a manera de super-yo, es decir, de conciencia moral, y que sustituía el super-yo propio que no había logrado formarse del todo. En Halma se impuso dolorosamente el principio de realidad sobre el principio del placer, por el que siempre se había dejado llevar.

Según Freud, el super-yo, especie de conciencia moral, se forma a través del complejo de Edipo y su rápida represión:

El super-yo conservará el carácter del padre, y cuanto mayores fueron la intensidad del complejo de Edipo y la rapidez de su

<sup>1</sup> BENITO PÉREZ GALDÓS, *Halma*, en *Obras completas*, tomo 5, p. 1800.

<sup>2</sup> *Halma*, p. 1772.

represión (bajo las influencias de la autoridad, la religión, la enseñanza y las lecturas) más severamente reinará después sobre el yo como conciencia moral o quizá como sentimiento inconsciente de culpabilidad<sup>3</sup>.

Por lo que hemos visto, Catalina no había tenido un desarrollo apropiado; además, la soledad infantil y campestre —que la alejaba de cualquier autoridad— provocó en ella este desajuste, gobernando en su persona un yo caprichoso y sin riendas; piénsese que ella dirigía los juegos infantiles y que terminó por hacer su voluntad al casarse con Carlos. Su fracaso matrimonial, simbolizado en la pobreza que vivió con su esposo y la temprana muerte de éste la puso de cara a lo inevitable: someterse a la voluntad externa —representada en su hermano—, a ese super-yo que ella tenía débilmente formado; es decir, a la realidad, a su realidad de mujer del siglo XIX, en el que no estaba permitido, a ellas, la iniciativa, una vida autónoma y regida por sí mismas, sino que había que someterse a las exigencias sociales. La otra razón por la que se somete al enclaustramiento es el dolor por la pérdida del esposo; como un gesto de negación de la nueva realidad.

Ante la irreparable pérdida surge lo que Freud llama el duelo; es decir, una serie de reacciones depresivas que describe de una manera idéntica a como Catalina reaccionará:

Esta oposición puede ser tan intensa que surjan el apartamiento de la realidad y la conservación del objeto por medio de una psicosis desiderativa alucinatoria... Lo normal es que el respeto a la realidad obtenga la victoria... Al final de la labor del duelo vuelve a quedar el yo libre y exento de toda inhibición<sup>4</sup>.

A nuestro parecer, así como al del padre Flórez y al de don Francisco Feramor, Catalina duró mucho tiempo en recuperarse del duelo provocado por su viudez; esto es explicable, tanto por el profundo apego al difunto, como por un inconsciente reproche que hace a la familia y a la sociedad de su estado de soledad: su duelo deviene melancolía. La teoría freudiana explica la melancolía como un estado anímico simi-

<sup>3</sup> SIGMUND FREUD, *El yo, el ello y el super-yo*, en *Obras completas*, tomo 3, p. 2714.

<sup>4</sup> *El yo*, tomo 2, p. 2092.

lar al del duelo, sólo que en aquél no hay una razón, no hay un objeto libidinal perdido de manera consciente, y los reproches de que se hace objeto el sujeto es una forma indirecta de reprochar a otro(s) la objetivación libidinal perdida. Catalina se sumerge más en el dolor, tanto por la pérdida del esposo, pero también persiste en ella la melancolía porque de esa manera acusa a su familia de la muerte de Carlos Federico. En este caso, duelo y melancolía es uno y lo mismo.

Y al octavo día hizo Dios al hombre, que fue llamado varón porque fue tomado de la varona, para que así Catalina no estuviera sola. En efecto, un día, y ante su primo Urrea, Halma deja esta postración. ¿El salir de la crisis implica la formación total del super-yo? ¿O es el cambio de objeto libidinal? ¿O ambas cosas?

Mal que bien, con tropiezos y todo, Halma logra recuperarse y reincorporarse a la vida social; a pesar de sus "extravagancias" es una buena dama caritativa. ¿Ha comprendido los mecanismos de conducta social? Sí, pero los ha distorsionado. Ante la imposibilidad de someter al resto de las personas a sus ideas, se somete a las de ellos, pero las modifica para poder adaptarlas a su práctica. No es que en este período de crisis ella haya logrado acabar de formar su super-yo, sino que sigue imponiéndose el caprichoso Ello; así el sableador quedó sableado.

Urrea es su conejillo de Indias, en él experimentará sus nuevas formas de contacto con el mundo, con los hombres. Además, para quizá no hacerse daño, cortará en su fin las tendencias sexuales hacia Urrea: no lo contempla como un posible amado, sino como un ser indefenso, necesitado de auxilio económico.

Cuando el objeto libidinal no existe, o por otras razones (como las sociales) el Ello no puede hacer la descarga de objeto libidinal, el yo se ofrece como sustituto. Así, vendrá una etapa narcisista en Catalina, en la cual las tendencias sexuales de posesión del objeto quedan cortadas, no se cumplen. Esto es lo que le sucede con Urrea. Más aún, hay un desdoblamiento de la personalidad, pues para poderlo hacer objeto de sus cargas de libido tiene que sustituir (el) al yo devaluado (por el contexto social) de Halma. Es decir, Catalina ve en Urrea a su propio yo, y cuando hace las descargas de libido narcisista en

su yo, indirectamente van a quedar en la persona de José Antonio, de ahí que se explique la generosidad con que lo socorre:

—Me alegra el genio de los que piden dinero con apremiante necesidad y al ver que lo tengo, me alegro más. Experimento, créalo usted, como un secreto anhelo de venganza... ¡sí, quiero vengarme de mi destino, que a través de tantas privaciones me sujetó, y tantas amarguras me hizo pasar... y cuando se acerca a mí un desgraciado pidiéndome aquello que yo no pude tener cuando lo necesitaba, y que poseo ahora que no lo necesito...

—Se venga usted... negándose

—No, señor, dándose... Es una venganza en la cual confundo a mi destino<sup>5</sup>.

Esta restitución que se hace Catalina, por vía indirecta, tiene una doble implicación: por un lado satisface a su Ello en un gesto narcisista, identificando a Urrea con su propio yo. Por otro, José Antonio viene a suplir al difunto Carlos en las cargas de libido, que desorientadas, van a dar en el primer marginado, que como ella y su esposo, pueda satisfacer ampliamente las expectativas. Así pues, nace en Catalina, sin ella darse cuenta, un incipiente y confuso amor hacia su primo. La cuestión no quedará aquí, pues posteriormente, y de forma casi simultánea surgirá un segundo objeto de la libido de Halma, un segundo amor también inconsciente, esta vez dirigido a Nazarín.

La figura del padre Flórez será fundamental para comprender la evolución irregular de la personalidad de la viuda. Benéfica para ella y fatídica para él. Este cura representa (sobre todo en las etapas de enclaustramiento) la figura paterna que le permitirá evolucionar lentamente hacia la total formación de su super-yo. Él hará, como ya se señaló, las necesarias funciones de autoridad paternal, en consecuencia, moral y educativa; la llevará por las lecturas que servirán de base para su formación. Esta relación hará cambiar en parte a Halma pero, su personalidad terminará, junto con otros factores en otro lugar aquí analizados, por hacer sucumbir al sacerdote, ya que la influencia será recíproca: ella le transmitirá parte de su

<sup>5</sup> *Halma*, p. 1778

misticismo. Por otro lado, cuando el padre Flórez ya no pueda sustituir la imagen paterna, entrará a desempeñar tal papel el padre Nazarín.

La unión, la identificación, con Nazarín es más profunda que con José Antonio, pues representa al pobre, al marginado; pero también al progenitor ya fallecido. No obstante esta relación irá más allá del amor filial, desembocará en el amor sensual, fenómeno que nunca se expresa explícitamente a lo largo de la novela pero que es fácil de leer entre líneas esta intención de Pérez Galdós.

El complejo de Edipo en la mujer no tiene un final tan tajante como en el hombre, ya que en ella el temor a la castración se perdió antes de la formación del complejo. Por tal motivo, si el abandono del complejo de Edipo en la mujer es lento, y si a esto agregamos la falta de imagen paterna en Catalina, a la cual pudiera dirigir sus cargas edípicas, y si también agregamos que su vida en el campo no le permitió tener una educación lo suficientemente enérgica para reprimir sus sentimientos edípicos; y si a todo ello agregamos el hecho de que el super-yo se forma con la represión del complejo de Edipo (ya vimos que Halma tiene un super-yo débil) no nos queda otra cosa que concluir que toda la carga edípica inconsciente reca-ya en don Manuel Flórez primero, y en Nazarín después.

¿Por qué todo este amor edípico a los sacerdotes no quedó más evidenciado en la novela? Lo ignoramos. Galdós lo dice todo entre líneas, tan sólo lo sugiere. Quizá la única prueba medianamente evidente es que Halma no quiere que José Antonio los acompañe a Pedralba. ¿Por qué le hace esa prohibición?

Acaso había en ella una mediana conciencia del amor que José Antonio le tiene (incluso así lo reconocerá posteriormente ante Nazarín). Frente a la posibilidad de elección prefiere al cura por su alto valor moral de apóstol y por ser él el fin de sus tendencias libidinales edípicas. Otros detalles más confirman esta idea.

Cuando Halma tiene contacto por primera vez con Urrea, se olvida por completo de su proyecto de hermandad religiosa, y todo su interés se dirige al advenedizo:

—Y respecto al empleo que debemos dar a ese capitalito, ya hablaremos despacio.

—Si no recuerdo mal, ya hemos hablado bastante. Convinimos en que usted fundaría, en pleno campo y lejos del bullicio un instituto de caridad, con rentas propias...

—Y que antes se reservaría una suma para repartirla entre los necesitados.

—Sí; pero eso sería difícil, porque no tendríamos ni para empezar[...]

—¿Sabe usted, mi buen don Manuel, que no entiendo bien eso?

—Se lo expliqué a usted con toda latitud ayer.

—Pues lo he olvidado. Pero no hay que repetirlo. Ya lo comprenderé cuando tenga la cabeza más serena<sup>6</sup>.

Es extraño que de un día para otro su gran proyecto de hermandad quedara olvidado tras la visita de Urrea, que la deja tan confusa. Pero más extraño es que, al enterarse de la posibilidad de que Nazarín puede ir a vivir con ella a la hermandad, se entregue con tal pasión a la idea, se ponga nerviosa y agitada de sólo pensar en la probabilidad, y que finalmente, se olvide y hasta rechace la presencia de Urrea, del que hacía no mucho tiempo había quedado cautivada.

—Quiere decir que no le cuidarán, que no le observarán, [dice Halma refiriéndose a la posibilidad de que Nazarín sea enviado a un asilo de sacerdotes] mirando por su existencia y por su razón, con el interés paternal que se debe a un alma de Dios...

—No digo que...

—Pero nada de esto pasará —afirmó la condesa, levantándose nerviosa, y cogiendo el bastón de Urrea para reforzar el gesto decidido con que acentuaba la palabra<sup>7</sup>.

Así pues, enviará al padre Flórez a hablar con el obispo para solicitar que Nazarín sea enviado a la hermandad que ella fundará y no al asilo, aunque después atribuirá sus pensamientos, en un afán de negarlos, a don Manuel.

—¿Pues qué, no ha pensado usted lo mismo que yo? ¿No viene días dando vueltas en su mente esta solución? ¿No esperaba saber la sentencia para proponérmelo? [...]

<sup>6</sup> *Halma*, pp. 1797-1798.

<sup>7</sup> *Halma*, p. 1818.

—En fin —dijo Halma gozosa— que Nazarín es nuestro y el señor obispo, ya lo estoy viendo, alabará mucho este plan al saber que es idea de usted.

—Idea mía no —replicó Flórez, sin mirar a la dama—<sup>8</sup>.

Por lo anterior interpretamos el desmayo de la condesa de dos formas. La primera razón de su desvanecimiento se origina en la sorpresa de descubrir que sus sentimientos no tienen nada de místico y de que lo que ella quería era cariño. La segunda es por la propuesta de Nazarín: "cásese". ¿Con quién?, ¿con él mismo?, ¿con su propio padre? La forma en que el cura le plantea la situación se presta a la ambigüedad; ella no puede sino pensar en la posibilidad del matrimonio con el cura —entre otras— y ante la gravedad de sus pensamientos, no le queda otro camino para negar la "realidad", para evadirla, que el desmayo. La recuperación será inmediata, y tras ella largos quince minutos de reflexión: la realidad se imponía, no espera a que Nazarín diga el nombre de su futuro esposo: él mismo. Su super-yo, su conciencia moral, le decía que no podía sugerirle este enlace, sino uno moral y socialmente permitido. Así que asume las órdenes de su, por fin, exigente conciencia: será con Urrea. Esto explica el por qué se adelanta a la explicación del cura respecto del candidato a marido: no permitiría la menor posibilidad de que surgiera su otro deseo, ella misma dará las razones. Con este gesto también culmina la aceptación de los límites que establece toda autoridad dimanada del super-yo. Con su deducción queda claro que el super-yo logró imponerse al yo, haciendo su función de conciencia moral, de censura.

Hincarse frente al sacerdote, como gesto de agradecimiento nos parece exagerado si no se toma en cuenta esta interpretación. Es un gesto, pues, de petición de perdón ante el padre, por haber tenido esos deseos.

## II

Con antecedentes y formación parecida a los de Halma (temprana orfandad e infancia solitaria), José Antonio toma caminos diferentes a los de ella, ¿por qué? Es difícil precisarlo; qui-

<sup>8</sup> *Halma*, p. 1818.



zá sea su carácter constitutivo diferente (ella misma lo reconocerá frente a don Manuel), quizá exigencias externas que impone la sociedad, tanto por el medio donde se tiene que desarrollar, como por el hecho de ser hombre: "El super-yo nunca llega a ser en ella tan inexorable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes afectivos como exigimos que lo sea en los hombres"<sup>9</sup>.

Así pues, José Antonio se enfrenta a una personalidad desajustada, pero en términos diferentes a los de Halma. También enfrentará una vida complicada, quizá más conflictiva que la de ella, tanto por la pobreza que tiene que enfrentar, como por la exigencia social mayor al hombre que para la mujer. Lo cierto es que siempre fue de personalidad débil, supeditado a los juegos de la prima, y con claros síntomas de complejo de Edipo que proyectará en Catalina. Enfrenta su desvalía y su ser indefenso con adulaciones exageradas a los que lo socorren, actitud de humillación que reforzará sus sentimientos de minusvalía. También se protegerá del mundo exterior a través de sus aficiones artísticas de dibujante y fotógrafo:

Y no hacia más que fumar, dibujar caricaturas y enredar con los compañeros. Había conseguido dar forma práctica a su habilidad para la fotografía y asociándose con un industrial muy activo, hizo una excursión por las provincias andaluzas y se trajo una colección de clisés<sup>10</sup>.

Otra forma de manifestar su personalidad insegura se expresa a través de las dudas que tiene para tomar una profesión o carrera; así como el constante cambio de proyectos, de trabajos, etc.

Empezó sucesivamente tres o cuatro: Infantería, Montes, Administración Militar, Telégrafos y no llegó ni a la mitad de ninguna. A los veintidós años fue preciso conseguirle un destino. Feramor contaba por centenares los viajes al Ministerio para pedir la reposición o el traslado. Ello es, que lo echaban de todas las oficinas, porque, o no iba, o iba tarde<sup>11</sup>.

<sup>9</sup> SIGMUND FREUD, *Algunas consecuencias de la diferencia sexual*, tomo 3, p. 2902.

<sup>10</sup> *Halma*, pp. 1790-1791.

<sup>11</sup> *Halma*, p. 1790.

Su vida tendrá un cambio radical tras el encuentro con su prima; sus sentimientos edípicos, mucho tiempo enterrados, afloran tras el primer gesto de apoyo de Halma. Este encuentro lo llevará a actitudes de humillación frente a ella por los favores recibidos, pero que tendrán razones muy diferentes a las que lo llevaron a degradarse frente a los demás parientes y amigos.

Su humillación frente a Catalina, pidiéndole perdón por ser tan malo y ella tan santa, son gestos neuróticos, originados en los sentimientos inconscientes de culpa. Cuando se humilla frente a los parientes por el dinero que le prestan, son sentimientos conscientes de culpa que devienen sentimientos de inferioridad, como explica aquí Freud. En el primer caso es el enfrentamiento entre el yo y el Ello, en el segundo es entre el yo y el super-yo.

"Soy y quiero ser un niño, y como niño, a ti que eres como mi madre, te confieso mis horribles pecados"<sup>12</sup>. Con esto, tenemos pues, la lucha entre el yo y el Ello y la censura ulterior del super-yo; censura que se ha de manifestar en la neurosis obsesiva de culpa e inferioridad, como ya estaba apuntado. Hay momentos en que la neurosis parece conducir a un grado patológico mayor: la melancolía. Hay momentos de total abatimiento de Urrea, que no pueden ser clasificados sino de melancolía, incluso el mismo Pérez Galdós así los llama.

Finalmente haremos una doble, y última, interpretación de las actitudes de José Antonio, con respecto al rechazo de Halma: él quiere ir a vivir a Pedralba porque así puede estar junto al objeto amado, la cual sería una interpretación directa y lineal; pero también podemos decir que ante la agresión del Ello y del super-yo, el yo de Urrea crea fobias contra la ciudad, origen de sus desgracias y penas; ésta representa el doloroso trauma del parto: ser echado del lugar donde todo es tranquilidad y seguridad para ir a donde todo es complicado: ruido, marginación, desempleo, desamor. Volver a vivir al campo, es como regresar al seno materno porque es el símbolo de la tranquilidad, porque ahí está su madre: Catalina de Halma; ahí no existen culpas, es estar junto a su madre y dentro de ella; por esto se pone en la disyuntiva: Pedralba o la muerte.

<sup>12</sup> *Halma*, p. 1806.

Ya había recuperado su infancia y su madre —de las que había sido arrancado tiempo antes—, por ningún motivo podía aceptar una nueva separación. Finalmente Nazarín logra unir a la dislocada pareja. Urrea puede cumplir su deseo de compartir la cama con su madre.

### III

El más pobre de los curas no es Nazarín. Don Manuel Flórez es una triste víctima de las circunstancias, pero sobre todo del misticismo de Halma y don Nazario. Don Manuel es un sacerdote que ha podido conciliar el reino de Dios con el reino de los hombres, logra un justo equilibrio entre intereses espirituales y terrenales, trabajo peligroso para almas cándidas como la de él, que al encontrarse con personalidades avasalladoras y peligrosamente místicas, sucumbe ante los arranques puristas de éstos.

Establece contactos con la condesa de Halma con el objeto de crecer su obra espiritual-terrenal; como Urrea, va por lana y regresa trasquilado. Poco a poco su plácido mundo se ve cuestionado por las extravagantes ideas pietistas de la viuda, el remate se lo dará Nazarín con sus ideas de pureza, santidad y pobreza. Las ideas cristianas que éste practica son, en sus últimas consecuencias, incompatibles con la ciudad de Dios que don Manuel ha concebido.

En una excelente muestra de la habilidad galdosiana para el manejo de los personajes, vemos cómo este Quijote mundano es convertido al quijotismo espiritual de Nazarín. El precio será muy alto para don Manuel, se postrará en un estado neurótico que lo llevará, irremediamente a la tumba, tumba que él mismo ha de labrarse, en este deseo enfermizo de muerte.

El señor Flórez enferma cuando trata, a su pesar, de adaptarse a las circunstancias que le impone Halma. Esto queda claramente evidenciado cuando don Manuel tiene que tomar la iniciativa ajena, la de Halma, de invitar a don Nazario a la nueva comunidad; su super-yo sufre un duro golpe, la caridad y el valor cristiano que él ve en Catalina es mayor al propio; esto implica exigir más de sí mismo para poder alcanzar la espiritualidad de su discípula, como la de Nazarín; pero el yo

opone fuerte resistencia a tal cambio, pues implica renunciar a su mundo de comodidades, de ahí que sus mayores reproches estén dirigidos a la vida regalada que llevó. Imposibilitado su yo de aceptar el cambio, el super-yo lo agrede a tales extremos que lo conducirán a la muerte. Esto explica la decadencia física prematura que padece y que toma por sorpresa a todos; ésta se da porque el yo debe aceptar el cambio de vida o la aniquilación.

## IV

Hablar de Nazarín es hablar del sentido común del resto de los personajes secundarios: Feramor y su esposa, los criados y amigos. Evidentemente, y aunque nos parezca extraño, Feramor y Nazarín comparten actitudes paralelas, por muy separadas que estén unas de las otras. Referirnos a la personalidad de Nazarín no sólo sería fuera de tema, ya que su figura queda retratada en otra novela, y aquí sólo es el agente catalizador que descubre los verdaderos sentimientos de Halma. Por otro lado, sólo llegaremos a conclusiones parecidas a las del tribunal que lo juzgó, y aunque nos parecen acertadas sus conclusiones, no dejan de empobrecer su rica personalidad de Quijote.

Lo que nos parece evidente es que Nazarín representa una fuerte tendencia de conducta del autor: llegar a las explicaciones de los hechos por un camino extraño e insospechado; en el fondo es el mismo cuestionamiento de Cervantes: ¿es don Quijote un loco?, ¡pues extraña locura es la que conduce a verdades muy transparentes!

Con Pérez Galdós pasa lo mismo que con Nazarín: hay una personalidad dividida, dissociada una de la otra, pues así como Nazarín va de la cordura a la locura; así Galdós va del gusto por las interpretaciones extrañas y complicadas a los gestos racionalistas del moderno siglo XIX. No es pues de extrañarnos que haya en el personaje de Feramor (¿fiero amor?) una complacencia galdosiana hacia el positivismo y su halo de progreso.

No hay un gesto o advertencia que Feramor haga a su hermana que no se cumpla: el fracaso matrimonial, su falso misticismo, el fracaso de la congregación, etc. ¿El reclamo a don Manuel —que lo habrá de rematar en su postración— por

fomentar las extravagancias de la hermana, no era justo?, por supuesto que sí. Las bromas a Halma y José Antonio eran acertadas, intuitivamente reales. ¿Por qué pues, pone Galdós tantas verdades en palabras de un hipotético personaje odiado?

No es tal; Galdós gusta del racionalismo decimonónico, como de las locuras de los Nazarín-Quijote. Quizá salen mejor librados estos últimos, por su candor, que el primero, por sólo dar un amor fiero.

\* \* \*

El misticismo, su origen y su evolución, no pueden sino ser una caricatura torpe y sosa, que sólo provocará risas en un siglo XIX demasiado materializado y poco espiritual. Esta novela plantea la vida conflictiva de los españoles enfrentados a una rígida censura moral; frente a ello no hay más que la fuga, la máscara, el escondite en la locura. ¿Por qué, entonces, la sociedad hace escarnio de esas gentes? No logran darse cuenta que todos ellos no son sino un retrato enfrentado al espejo. No se dan cuenta que es inútil ocultar a la loca de la casa. Galdós, entre unos cuantos, sí es consciente de esta situación y por eso es que se preocupa de estos temas y los trata sin falsos pudores, sin gazmoñerías.

Los resultados están ahí: falsas vocaciones religiosas, marginados sociales, frustraciones de carambola —como la de don Manuel. Un cura como Nazarín, que se oculta en la locura para poder subsistir en un mundo cruel, de agresiones e injusticias, que ante la crueldad del medio cierra los ojos. La impotencia de éste lo lleva a querer remediar los conflictos del cuerpo como si fueran los del alma, en una impensable morada de Dios en la tierra.

Lo primero que salta a la vista en esta novela es el marcado gesto culpígeno: Halma, Urrea, Nazarín y Flórez; asociado a ello se dará un retraimiento social que Galdós calificará o describirá como melancolía en más de una ocasión. Prestos a identificar los conceptos de melancolía en la teoría freudiana, para luego aplicarlos a los personajes, descubrimos que tan sólo era un aspecto externo; que el conflicto se centraba en un desfase entre el yo y el super-yo, lo que dará una gama diferente de neurosis. Los gestos melancólicos eran meras des-

cripciones de los sentimientos depresivos que suelen acompañar a toda neurosis. Por lo visto, a través de esta novela, don Benito ha puesto el dedo en la vieja llaga española del misticismo. ¿Hasta dónde es auténtico el fervor religioso? Sin saberlo, cada místico lleva en sí un blasfemo.

Pero, por encima de esta simple explicación, hay una riqueza en los personajes que nos asombra; nos sorprende la forma en la que los personajes galdosinos enfrentan sus conflictos, así como por la certeza descriptiva, que el autor hace de ellos. Por esta razón, una vez más, nuestra admiración por don Benito, por su gran agudeza para conocer al ser humano.

RAMÓN MORENO RODRÍGUEZ

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.